ANTONIO OCHOA-ALCANTARA

Propiedad de la Biblioteca Nacional de Honduras
Tegucigalpa, D.C.

La Nueva Honduras

(Hacia un verdadero Nacionalismo)

PROPIEDAD
BIBLIOTECA NACIONAL

TALLERES TIPOGRAFICOS NACIONALES
TEGUCIGALPA—HONDURAS
1934

DIGITALIZADO Y PROCESADO POR UDI - CRA - UNAH

Tegucigalpa, Mayo 14, 1954.

Señor don Antonio Ochoa Alcántara.

Ciudad.

Muy estimable amigo:

Su estudio sobre las diferentes fases de la economía nacional, tratada hábilmente en un plan científico, metódico y racional es el más bello y más sólido ensayo económico social que he leído en la América Central, un vasto programa político lleno de promesas, que si se acometiera transformaría a su pueblo en uno de los países más ricos y más prósperos del Continente.

El llamamiento al cultivo de la tierra, el back to the land, grito que se oye hasta en los países industriales, es seguramente la parte más atractiva de su estudio.

Cordialmente lo saluda su amigo

David Saavedra.

Lo que yo quiero para Honduras

Que el **NACIONALISMO** *no signifique para mi patria solamente un cambio de frente en su vida republicana un beneficio de orden público y de depuración administrativa sino que se manifieste en todos los aspectos de la vida nacional como una necesidad substancial.* **HAGAMOS PATRIA.**

Las necesidades de la época actual, obligan a todas las naciones organizadas emprender una lucha de defensa propia, rechazando todo elemento nocivo que el azar, el crimen o la crisis, avienta en grandes marejadas a sus playas En América como en Europa se ha restringido la afluencia de elementos indeseables o inaprovechables, como un medio de defensa y se da la preferencia al nacional en todas las actividades del trabajo, así como a todo lo que el nativo produce. La justicia y el espíritu de conservación, presiden esas medidas restrictivas y de defensa nacional.

LO QUE YO QUIERO PARA HONDURAS:

Que se impida la inmigración constante de elementos extranjeros que vienen a monopolizar nuestras industrias, el comercio, la banca y hasta cargos en los diferentes servicios de la administración pública. No queremos competidores, sino cooperadores. No admitamos amos en el desarrollo y explotación de nuestras incipientes industrias, sino socios, para impulsarlas y explotarlas equitativamente.

Que se estimule la inmigración centroamericana para el desarrollo de esas mismas industrias y de nuestra agricultura, todavía en pañales, pues que cultivamos nuestros campos empleando los mismos sistemas que los hombres de las primeras épocas de la humanidad. Que se estimule esa inmigración centroamericana, lo mismo que la inmigración europea e indoamericana, para formar centros fabriles y colonias agrícolas en nuestras vastas y desoladas regiones, en nuestras montañas vírgenes todavía, en nuestros valles inmensos y asombrosamente fértiles. Que vengan los hermanos de El Salvador, cuya laboriosidad es proverbial, a cultivar nuestras tierras. Que vengan los pacíficos campesinos—pacíficos y fuertes—de Costa Rica, a cultivar la tierra y a criar ganado en grande escala; ya que El Salvador y Costa Rica son los países centroamericanos más pequeños en extensión territorial. Que afluyan a Honduras los hombres de Nicaragua y Guatemala, que quieran trabajar con nosotros.

Que se forme un formidable bloque con todos los hondureños, contra la explotación inicua de las asociaciones extranjeras en general. Que se les obligue a dar trabajo a nuestros braceros y técnicos en el mismo plano de igualdad que a los braceros y los técnicos importados por las mismas. Que se obligue a casas, empresas y compañías extranjeras, de comercio, de agricultura, de minería y de industrias, a emplear de preferencia el músculo y los conocimientos de los hondureños, de los centroamericanos, pagándoles el mismo jornal que a sus connacionales. Tal es la práctica en el resto del mundo.

Que se haga guerra sin cuartel a todo elemento que pretenda introducir y practicar doctrinas nocivas para la vida de la República y sus instituciones, ya que sobre cualquier problema social existen los grandes problemas de la paz, del desarme interior, del caudillismo y el de la educación popular, base de la paz y de la cultura. Que se destierre a los extraños sin oficio, que trafican con nuestra ignorancia y nuestros vicios.

Que los cónsules de Honduras no utilicen su posición para ir a darse tono de grandes señores al extranjero, sino para dar a conocer nuestro país en todos sus aspectos, sobre todo en aquellos que puedan provocar la inversión de capital y la afluencia de inmigración sana y útil al país. Que esos cónsules establezcan exposiciones permanentes de nuestros productos naturales, en los propios consulados. Que hagan propaganda a nuestros recursos, por todos los medios a su alcance. Que den a conocer nuestros valores mentales, nuestra literatura y las escasísimas expresiones de otras artes humanas, a las cuales falta estímulo para su desarrollo.

Que la familia hondureña olvide que está dividida en azules *y* colorados; *para recordar que somos una e indisoluble al servicio de la patria,—a la cual la ambición y la ignorancia han empobrecido y desacreditado ante las naciones civilizadas. Que sólo haya hondureños para amarla y hacerla grande y próspera. Para evitar las luchas armadas en que hemos venido destruyéndonos mutuamente. Que sólo haya hondureños para hacer patria, porque estamos en peligro de perderla, si no sabemos conservarla*

Que se deponga el arma homicida y se empuñe el instrumento del trabajo, como una necesidad nacional, como un reclamo imperioso de la patria

Que seamos nacionalistas no sólo para crear gobiernos de orden y de honradez administrativa, sino también para querer lo nuestro, que en otros países se estima y que nosotros desdeñamos. Para defender lo nuestro. Para preferir lo que poseemos y producimos, a lo que tienen y producen los países extranjeros. Para evitar que vengan los extraños a sustituirnos y explotarnos.

Que cada hijo de Honduras se crea igual a cualquier ciudadano del mundo—por civilizado que sea—y que tenga la convicción arraigada de que vale tanto y puede tanto y más que cualquier extranjero que arriba a nuestras tierras.

"No sería ocioso recordar con inscripciones grabadas en el recinto de los Parlamentos, que los pueblos que, como Grecia, y más tarde Polonia, no supieron renunciar a sus luchas intestinas, acabaron en la servidumbre y perdieron hasta el derecho a tener una historia"--GUSTAVE LE BON.

Hacia un verdadero Nacionalismo

DIGITALIZADO Y PROCESADO POR UDI - CRA - UNA

I

NACIONALISMO no significa *chauvinismo;* no quiere decir que se le niege el pan y la sal de la hospitalidad al extranjero que honradamente viene a nuestro país en busca de trabajo; no consiste en desdeñar a otros pueblos por inferiores o superiores al nuestro; ni está en la diferencia de razas, de idioma o de credos religiosos. No hay que exagerar hasta la xenofobia el sentido del verdadero nacionalismo.

Las fronteras que crea el nacionalismo, no son las que crea el "localismo," sentimiento éste que sólo puede privar en pueblos de escasa cultura y de criterio estrecho. Nacionalismo es hacer patria, crear y elevar la patria, fomentar el bienestar común, eliminar todo aquello que, teniendo medios para producirlo, lo importamos del extranjero, sembrar la cordialidad en la familia borrando antagonismos y apagando odios, que la *política* o las *creencias* religiosas, o la diferencia de razas, siembran en el corazón de los pueblos, dentro de sus propias fronteras.

Oímos decir por ahí, y leemos en los papeles públicos, la socorrida frase: "Honduras para los hondureños." Y tal expresión, por lo que observamos y palpamos, se ha limitado a impedir que los extranjeros ocupen puestos en el Gobierno y se mezclen en nuestra política militante. Y nuestra creencia se afirma en el detalle que a nadie se le escapa—de que los hondureños somos los primeros en desdeñar todo lo que es hondureño, desde la tierra hasta los hombres—dando la preferencia a todo lo extranjero.

Un hondureño, por ejemplo, animado por espíritu de empresa, se propone crear una industria en el país. Para crearla y desarrollarla necesita capital. Pues bien: no hay un solo adinerado nativo que ceda—siquiera al crédito—un solo lempira, para estimular o apoyar la iniciativa del compatriota, porque se duda de sus capacidades y hasta de su honradez. Esto, quizá, sólo ocurra en Honduras.

A nuestras tierras llegan falsos profesionales de todas clases. Vienen especialistas en diferentes materias. Arriban individuos ostentando flamantes títulos y prestigios efímeros. A estos individuos se les cree a pie juntillas todo lo que dicen y ostentan, y se les abre los brazos. La

candidez de nuestras gentes es fácilmente sorprendida por farsantes y charlatanes que han venido a nuestro modesto país, quizá obligados por necesidades apremiantes o por correr nuevas aventuras, y que en su país son anónimos, totalmente anónimos, —o delincuentes—y se valen de todos los medios ilegales para ganarse el sustento y conquistar una posición que ningún hondureño, por más prestigios auténticos que posea, puede alcanzar.

Pero si un compatriota, que sale del país a luchar a brazo partido, que logró especializarse en algún ramo de la ciencia humana, o del arte, o de la industria; que fue a países extraños a bregar con el cerebro y con el músculo; que padeció hambre y vejaciones, pero que llegó a coronar sus esfuerzos con buen éxito para aportar a su país el beneficio de sus conocimientos y capacidades, y llama a nuestras puertas en busca de apoyo o siquiera de ambiente para trabajar, es visto con indiferencia por sus paisanos. Se le hace el vacío. Se hace mofa a sus pretenciones. Se le mira con desdén. Y a punto de morir de hambre, tiene que adaptarse de nuevo a nuestros vicios ancestrales, cuales son la política, el alcohol, la chismografía de comadres; en una palabra, tiene que encerrarse en la estrechez ambiente y vegetar, convirtiéndose en un ente inútil para la patria y sus conciudadanos; hasta terminar en parásito del Estado y en un politicante más, obstruccionista e intransigente ante el esfuerzo de los otros.

Ningún hondureño puede desplegar aquí sus actividades, sino es con la ayuda del gobierno,—cuando está afiliado al partido triunfante—por medio de la intriga, servilizándose, envileciéndose. De lo que resulta que Honduras no es para los hondureños, sino el patrimonio de los escogidos que juegan albures políticos y triunfan en los pugilatos sangrientos, en la disputa por el poder. Honduras no es para los hondureños sino la tierra de promisión para los extranjeros, sobre todo para los malos extranjeros, para gentes indeseables que nada aportan a nuestro país, pero que succionan nuestra vitalidad, fomentan nuestros vicios innatos, prostituyen a nuestras mujeres, violan nuestros hogares, se ríen de nuestro atraso, de nuestra política mezquina; y, finalmente se llevan nuestro dinero, y salen de nuestro país - para no volver—haciendo sangrienta mofa de nuestra candidez y nuestra vanidad.

Honduras debe ser para los hondureños, no solamente en la preferencia para el trabajo y el servicio de la nación, sino para apoyar todo lo que es hondureño, para querer todo lo nuestro, para crearle prestigios al país y estimular y sostener a quienes lo crean.

El porvenir del intelectual en Honduras, es más negro todavía: para valer un poco, para que se crea en sus excepcionales capacidades y se le estime en algo, tiene que salvar las fronteras patrias e ir a luchar denodadamente a países extraños, para conquistar prestigios y prestigiar a Honduras. Y es que en el país sólo puede contar con la indiferencia de sus paisanos, cuando no con la hostilidad de los mismos. Si se es escritor, poeta, arquitecto, pintor, músico o escultor, tiene que ir a prodigarse fuera, para que aquí se le tome en cuenta, pero deseándole siempre lejos de Honduras.

Y aun fuera del país, le persigue, no ya la indiferencia, sino la hostilidad de sus compatriotas. Se da el caso muy frecuente de que en México o Panamá, le preguntan a un hondureño: ¿Conoce usted a Fulano, artista y compatriota suyo, que aquí ha triunfado y está triunfando? Sí,—contesta nuestro paisano—le conozco: en Honduras es un Nadie. Allá ni corbata llevaba, y andaba descalzo cazando "pichetes" en el río Chiquito." Esto es cuando le va mejor al hondureño que triunfa en el extranjero; porque regularmente nuestro paisano declara con la mayor suficiencia: "En Honduras nadie le conoce. Pueda que no sea hondureño."

Estamos hablando por propia experiencia. Y esto mismo pueden decirlo todos los hondureños que han encontrado propicio ambiente en países extraños, gracias a su bravura y su inteligencia para luchar y triunfar, y a la acogida que se le da a todo lo que vale,—fuera de aquí—aunque sea extranjero.

Y este es el nacionalismo que hay que crear en Honduras: Infiltrar en el ánimo de nuestros compatriotas el sentimiento de patria, de la verdadera patria, que la constituyen no solamente las fronteras que la limitan de otros países, sino sus valores positivos, lo suyo, lo que tiene mérito. Desde la tierra hasta el hombre. Ya se ha dicho que un país no vale por su riqueza natural, ni por sus grandes industrias y sus producciones enormes, solamente. Vale sobre todo por sus artistas, por sus poetas, por sus pensadores y hombres de ciencia, que le dan lustre a los ojos de la humanidad.

El día que nosotros podamos decir como los franceses, con orgullo: soy un francés. O como los norteamericanos y los ingleses, que se precian de serlo, habremos hecho obra de verdadero nacionalismo. Y es que ingleses, franceses y norteamericanos exaltan lo suyo hasta la exageración. Hablan de sus industrias y sus ejércitos con la misma satisfacción y el mismo orgullo que de sus grandes hombres.

No es nuestro propósito atacar a los extranjeros — a los buenos extranjeros que conviven con nosotros y contribuyen a nuestro bienestar—sino definir en la mejor forma posible, lo que debe ser en Honduras el nacionalismo bien entendido, ahora que se le está dando una interpretación torcida a ese sentimiento, que se está desarrollando en todas las naciones civilizadas y prósperas. Desgraciadamente constituimos un país extensísimo, territorialmente, pero con muy escasa población, capaz de grandes iniciativas pero enferma de abulia, de prejuicios muy siglo XIX, de inercia, que todo lo esperamos de los extraños.

Honduras como territorio, debe ser—como la República Argentina—para la Humanidad.

Honduras, como nación, debe ser para los hondureños.

II

El nacionalismo que se está predicando ahora en Honduras, será de resultados negativos, y quizá funestos, si no lo interpretamos en su verdadera esencia, cual es inculcar en el cerebro y en el corazón de los hondureños el principio fundamental de dignificar y engrandecer la patria, exaltando sus valores positivos, encomiando y valorizando lo que produce y puede producir, dando de mano a todo lo exótico en la preferencia de lo nuestro: tierra y hombres. Sus productos naturales y los de la inteligencia, lo grande y lo pequeño de Honduras.

Estamos especulando en el campo del espíritu de los hondureños, en cuanto al nacionalismo se refiere. Al verdadero nacionalismo. Después nos introduciremos en el campo de la práctica, y diremos la realidad desnuda, a fin de encauzarnos hacia una independencia bien definida, ya que Honduras posee todas las armas y dispone de poderosos elementos para conquistarla, como la están conquistando otros pueblos de América, sin grandes esfuerzos pecuniarios, mediante la prédica de una nacionalización absoluta de su economía y de sus recursos naturales.

Tenemos que declarar que la generación actual de Honduras no es culpable de la indiferencia con que ve todo lo nuestro. Tal generación posee una educación muy deficiente, obtenida dentro de anticuados sistemas educacionales en que se forjó su espíritu. Es notorio que a los hombres de hoy se les atiborró de tantas materias inútiles en las aulas, inútiles para emprender la obra de la nacionalización de Honduras, que su comprensión de los verdaderos problemas nacionales y su punto de vista sobre las reformas que en nuestra organización actual se impone, son verdaderamente estrechas. La orientación actual de la enseñanza, más práctica y más en contacto con la realidad, contribuirá más que ningún otro elemento a despertar el verdadero conocimiento del nacionalismo, en el espíritu de las gentes del futuro cercano. El verdadero nacionalismo, el que redimirá a Honduras de su postración actual, el que impulsará su progreso, su independencia y su prosperidad, el que la convertirá en una inmensa factoría y en un granero inagotable. El que la tornará en

asilo seguro para el inmigrante y en garantía y bienestar para el nacional.

Otros países de tradiciones más arraigadas y antiguas que el nuestro,—como Turquía y España, como Grecia y Rusia—lograron destruir el edificio de su organización secular, para orientarse hacia un porvenir mejor, hacia una organización si se quiere más humana y más en armonía con las necesidades del presente y con las perspectivas en el porvenir de la humanidad. ¿Y porqué Honduras, país nuevo, ayer no más nacido, disponiendo de inmensos recursos naturales y espirituales que no ha podido explotar, no podría levantarse de su postración actual, y romper los seculares lazos que la atan a un pasado relativamente cercano, haciendo guerra a la guerra, guerra sin cuartel al caudillismo indocto, adoptando otros sistemas políticos y sociales, más humanos, más patrióticos y más civilizados?

Para realizar esta obra que, como hemos dicho, no requiere grandes sacrificios pecuniarios, se hace necesario ante todo afirmar la paz en el país. La paz se á garantizada y durable, cuando los directores de las ma as populares no fomenten en éllas el espíritu de rebeldía, la inclinaci n a la indisciplina y al personalismo político, que son los filones preciosos que explotan para el logro de sus ambiciones personales; cuando la prensa abandone los campos trillados de la política criolla y oriente su labor en beneficio de la comunidad hondureña,- porque hasta ahora la prensa solamente ha servido de instrumento ciego de los polit cantes de oficio, que han hecho del poder un monopolio; cuando esta prensa se dedique a formar en el espíritu de esas mismas masas el amor a la patria, el amor a la paz, el amor al trabajo; cuando la cátedra, al mismo tiempo que sirva para la divulgación y el desarrollo de todos los conocimientos humanos necesarios a los pueblos, se convierta también en divulgadora de la paz, de los beneficios de la paz y del trabajo, de las virtudes que caracterizan a los pueblos civilizados que hacen de la patria un culto, por medio de la paz y del trabajo; cu ndo en cada hogar se imparta esta misma doctrina, porque solo la paz nacional puede llevar la tranquilidad a los hogares, en cuyas puertas para siempre jamás deben flotar los crespones de la muerte, que como saldo de salvaji mo y maldición dejaran las guerras civiles; cuando militares y civiles, gobernantes y gobernados se posesionen de este principio inmutable: sólo la paz puede salvar a Honduras

No es nuestro intento culpar a los maestros de ayer, que no cultivaron en nuestro espíritu el amor bien entendido a Honduras, deshonrada y sacrificada por los explo-

tadores de nuestras pasiones ancestrales: la política, los vicios y las arcaicas costumbres que nos dejara la conquista.

La enseñanza de la historia de Honduras debe tener una finalidad más elevada que la de un simple conocimiento obligatorio de su contenido. Su conocimiento debe servir para rectificar errores y buscar en élla estímulo para nuestras virtudes. Debemos extraer de élla las flores, dejando las espinas. Tampoco debemos remover nuestros vicios para censurarlos, sino para convertirlos en virtudes, para aprovechar la buena madera de que está forjando el espíritu hondureño. Esas inmundicias - huellas del pasado—que sirvan de abono para nutrir y purificar la planta nueva, que es la juventud de hoy, llamada a afirmar la verdadera patria sobre bases de un inconmovible nacionalismo, sano y vigoroso.

Somos optimistas, y soñamos con una Honduras mejor, con una generación más sana que la en que nos tocó en suerte nacer. Creemos en el porvenir espléndido de Honduras. Y este optimismo fundamental de nuestro espíritu, nos anima a emprender la obra de infiltrar en la generación actual, para que fructifique en las futuras, la ilusión divina de que no hay otra patria mejor que la nuestra; ni suelo más fecundo ni más rico en vegetales y minerales, que el de Honduras; que nuestro país puede convertirse en un miembro de efectiva utilidad para el organismo fuerte y joven de la América nueva, que está llamada a influir poderosamente con toda su potencialidad y vigor en los futuros destinos de la humanidad.

Si con un poco de amargura hemos hecho resaltar nuestros grandes vicios y defectos, en el anterior artículo, así también con sano y profundo optimismo, haremos resaltar los elementos espirituales y materiales con que contamos para formar las bases del verdadero nacionalismo, del nacionalismo que afirmará la patria hondureña, libre, soberana e independiente.

III

ESTÁ plenamente demostrado que la paz es una necesidad nacional, que se impone para la prosperidad de Honduras. Sin asegurarnos antes su estabilidad, no será posible emprender labor alguna en nuestro país, encaminada a esa prosperidad. La paz es la obra fundamental que se impone a nuestros compatriotas.

Mientras la guerra civil constituya una amenaza permanente, no se podrá hacer obra de verdadero nacionalismo; mientras el espectro de la guerra, erguido constantemente como una avanzada de la muerte y la ruina, no desaparezca de nuestras fronteras, no podremos afirmar ese nacionalismo; y mientras los hondureños no nos posesionemos de esta verdad incontrovertible: *La paz se impone como una necesidad nacional, por el progreso, el bienestar y el decoro de Honduras*, toda obra que se inicie aquí tiene que fracasar. Ni disfrutaremos de crédito con gobiernos y capitalistas extranjeros, ni de respeto y confianza de parte de los inmigrantes que deseen venir a Honduras a invertir su dinero y su trabajo en empresas industriales y agrícolas; ni nosotros mismos podremos iniciar nada para levantar al país de su postración y retraso, que la guerra ha convertido en uno de los más pobres y atrasados del mundo.

Nos duele decirlo, pero esta es la verdad: somos pobres, teniendo riquezas. Nuestro país está aún en período de organización, pues nos ha faltado todo, hasta hombres capaces para acabar de una vez para siempre con el caciquismo, que es el que provoca la guerra civil; y en punto a cultura y civilización, nos encontramos todavía en pañales, en el principio. La paz: estabilizarla, es el punto inicial de donde tenemos que partir para sentar las bases del verdadero nacionalismo. Solamente reinando el orden dentro de nuestras fronteras, podremos atender y llenar las demás necesidades del Estado: la afirmación de la nacionalidad, la divulgación de la cultura entre las masas populares y el campesinado, la creación de empresas fabriles y agrícolas, la fundación de bancos de crédito, la reglamentación severa de la inmigración a nuestro territorio, la selección de la tierra para los diversos cultivos

la construcción de caminos y vías férreas, la explotación de nuestros bosques, ríos y mares, la creación de escuelas-modelo de artes e industrias. Finalmente, todo lo que necesita el país, para serlo en realidad. Y es notorio que de todo esto carece el nuestro, pues aun no hemos tenido tiempo de hacerlo, porque la política y la guerra, que sólo benefician a unos pocos, nos han restado tiempo, energías y dinero.

Políticos, maestros, periodistas y oradores, deben sentar cátedra de pacifismo, sobre todo durante las épocas de luchas electorales, por la conquista del poder local o del poder nacional. Con excepción de los maestros,—que con el pueblo constituyen la víctima de nuestras pasiones partidistas—políticos, periodistas y oradores, se tornan en verdaderas fieras durante los torneos cívicos, atizando los odios y fomentando la violencia entre los electores, como preliminar de la matanza, que ellos con sus prédicas odiosas la hacen inevitable y frecuente. De lo que resulta que, pasadas las elecciones de autoridades, esos odios de partido quedan latentes en el espíritu de los vencedores y los vencidos; a tales extremos, que estos últimos no se conforman con su derrota en buena lid, y se van al cerro a esperar al vencedor, para dilucidar por medio de las armas quién tiene el derecho al solio presidencial, y a probar qué partido es el más fuerte.

Y esta es la torpeza mayor que cometemos frecuentemente los hondureños: un solo individuo,—el que atizó los odios y provocó el conflicto armado—se beneficiará con la matanza de hondureños. Los demás, obreros y campesinos que forman el rebaño sacrificado a sus ambiciones personalistas, volverán a sus hogares en ruinas a reconstruir su patrimonio, a restablecer sus pequeños cultivos, a rehacer sus talleres para que, a la postre, sea un pequeño grupo de privilegiados,—cuyo patrimonio es la política, y su labor la disociación—el que se beneficie de la guerra. Este es el resultado de nuestras luchas intestinas: matarnos, empobrecernos y deshonrarnos, por obra y gracia de unos pocos.

Hay que emprender la revolución, la verdadera revolución contra la guerra civil. Hay que organizar el ejército de resistencia contra la guerra, entre esos mismos hombres que empuñan el fusil, que lo abandonan todo para ir al cerro a exterminarse en una lucha sin provecho ni beneficio para ellos, sino para el grupo que está entre bastidores—asesinos en la sombra—moviendo los hilos de la tragedia.

La misión de maestros, periodistas, políticos y oradores, es predicar la moderación en los torneos electorales y la moralidad entre los que dirigen esos torneos; la de transformar en justas civilizadas esas disputas nuestras que degeneran en verdadero salvajismo. Su misión es impedir las emigraciones de Honduras, demostrando que la patria común no distingue colores políticos, y que esa patria necesita de la colaboración de todos sus hijos, para vitalizarse y progresar. El hondureño no debe emigrar, por ningún motivo. Lejos de su patria se convierte en amenaza perenne para ella, para la paz de que tanto necesita; es decir, se convierte en enemigo de su patria. Que emigren los caudillos vencidos, si quieren; los aspirantes fracasados, ya que ellos son los que han de beneficiarse hoy o mañana, de la política. El electorado no debe emigrar. El trabajador cumplirá con su deber de opinar en las justas electorales a la hora de depositar su voto en las urnas; y cumplido ese deber, debe tornar al trabajo, que es el que le dará bienestar.

El candidato es el único que pierde o gana en esas justas. Este asciende al poder, y como candidato triunfante no le importa el bienestar de los que le llevaron al poder. Si pierde en las elecciones, siempre tendrá dinero para darse una emigración a todo lujo y con todo confort. El trabajador va a perecer de hambre en la emigración; y perece de hambre también la familia que dejó abandonada, por seguir al caudillo.

La única guerra que enaltecerá al hondureño, es la que emprenda contra la guerra promovida por los ambiciosos, en defensa de la paz. El único ejército,—en el cual todos merecerán el título de general—será aquel que se oponga a la guerra atizada por los aspirantes al poder, despechados por su derrota en las urnas.

El hondureño que abandona su hogar, que deja sumida en el dolor y muchas veces en la orfandad, a su familia, para seguir a los que aspiran a la Presidencia de la República, no es un soldado. Porque no va a defender su patria, ni su libertad individual, ni la ley, ni su hogar. Va a convertirse en asesino, a hacer obra de bandidaje; porque las necesidades de la guerra le convertirán en matador de hondureños y en incendiario y saqueador de la propiedad de sus hermanos.

Los grados militares obtenidos en las montoneras civiles al servicio de los que las promueven, antes que enaltecer, degradan. Porque cada general, cada coronel que se improvisó en la guerra contra sus hermanos, ostenta galones manchados en sangre fraterna. Y este es el saldo

de cada guerra civil en Honduras: Cosecha de generales y coroneles, de nuevos caudillos para corromper a los hondureños, y ricos improvisados de la noche a la mañana, con el botín obtenido en la matanza o como resultado de ella, en la cumbre del poder. Y en el cerro, y en la llanura, y en la hondonada, cadáveres de hondureños brillando al sol. Y en los países vecinos, caravanas de hondureños, miserables, harapientos, mendigando un pan.

Guerra al caudillismo. Guerra a la guerra: este debe ser nuestro lema.

IV

NACIONALIZAR todos los elementos de vida y de progreso, es el deber primordial de todo ciudadano hondureño, del Gobierno de la República y, sobre todo, de los legisladores.

Elementos de vida y de progreso, son nuestros propios recursos. Fomentarlos y aprovecharlos, debe ser nuestra misión fundamental. Impedir que se importe lo que la tierra hondureña produce, y con ello impedir que salga nuestro dinero. Estimular y fomentar fábricas de todas clases, en que se empleen materias primas del país. Suprimir las fábricas en donde se emplean materias primas importadas y que nosotros poseemos y podemos producir, debe ser la labor bien intencionada de los legisladores.

Elementos de progreso y de vida, son esos mismos recursos naturales nuestros, inexplotados todavía, y que al amparo de una paz estable pueden ser explotados. La inmigración extranjera, que constituye un factor importante en la vida y prosperidad de las naciones, en donde el ingreso de extranjeros está bien reglamentado y fomentado, es también otro elemento que pudiéramos nosotros aprovechar.

Pero en Honduras sólo tenemos, en general, mala inmigración. Sólo poseemos los elementos exoticos que arruinan a cualquier país, por rico que sea. Y este es el caso nuestro: el cŏmercio y la industria están en manos de explotadores extranjeros, en su mayor parte. El comercio nacional es una quimera. La industria nacional una mentira.

Tenemos una ley de inmigración, que es sólo un principio de ley. Como todo lo nuestro. Y aun siendo sólo un principio, si esa ley se aplicara en todo su rigor, tendríamos inmigración aceptable.

Singularizando, podemos decir que son muy pocos los extranjeros animados de espíritu de empresa y de cariño a Honduras, que se han dedicado y se dedican a trabajos agrícolas e industriales. Pero a esos extranjeros no se les ayuda. El extranjero aquí se dedica, en general, al expendio de artículos importados o a la contratación de esos mismos artículos. La mayoría de los inmigrantes, sola-

mente emprende negocios de cantina, hoteles y casas de tolerancia. Entre esos inmigrantes, los hay excelentes horticultores, floricultores, tintoreros, artesanos y hasta técnicos industriales en general; pero debido a la tolerancia de nuestras leyes y al espíritu amplio o indiferente de los hondureños, tales inmigrantes sólo se dedican a la explotación fácil de nuestros vicios y de nuestro negativo buen gusto.

Esa clase de extranjeros es la más peligrosa, sobre todo dentro de países desorganizados como el nuestro, porque lo poco que se produce, ellos lo acaparan.

Hay algo más que constituye un verdadero peligro para Honduras: la afluencia de inmigrantes europeos y asiáticos, arrojados de otros países de América, y sobre todo de Guatemala, México y El Salvador, por indeseables. Y han sido arrojados, no en realidad por delincuentes probados, sino por sus actividades nocivas para la vida económica de esos países, los cuales han creado restricciones, mejor dicho obstáculos de toda clase para el ingreso de elementos no deseables, no útiles para el progreso interior.

Todos esos inmigrantes están aquí en Honduras, ejerciendo el mismo comercio que en los países citados. Ayer no más leímos un telegrama de un corresponsal de San Pedro Sula, en que denuncia a los vendedores ambulantes, que hacen indebida competencia a los comerciantes establecidos que soportan impuestos aduanales y consulares, y las consiguientes cargas locales. Esos vendedores ambulantes son a la vez, en su mayor parte, contrabandistas, que están en condiciones de abaratar su mercadería, en detrimento del Estado y del comercio.

Y con conocimiento de causa, aseguramos que esas actividades han sido prohibidas y están penadas en otros países de América, en donde el comercio y la banca han cooperado con el Gobierno para expulsar a los comerciantes nocivos. En El Salvador se comprobó el año pasado que esos comerciantes callejeros eran propagandistas del soviet. Y aquí nada se ha hecho para impedir su ingreso, ni se hará nada hasta que el dinero hondureño haya emigrado totalmente y el comercio quede en ruinas, y la renta aduanera reducida a sus menores términos. Nuestra indiferencia notoria será un poderoso auxiliar de esos extranjeros, para que nos exploten y empobrezcan.

Recordamos que en El Salvador, Guatemala, Nicaragua y Panamá, los mongoles se dedicaban al comercio al detall. Potentados amarillos hacían grandes pedidos de telas y comestibles para distribuirlos en pequeñas tiendas establecidas en las barriadas, y aun en el centro de

los poblados, en donde sus paisanos hacían la competencia a los hijos del país. En El Salvador se dictaron leyes al respecto, y ahora no hay un solo competidor del pequeño comerciante salvadoreño; y la violación de esas leyes es severamente penada. Y empezando por eliminar al competidor del salvadoreño, se ha venido eliminando de día en día el número de inmigrantes chinos, griegos y palestinos. Exactamente ha ocurrido en Guatemala y México, países en donde hasta los braceros centroamericanos son rechazados, y especialmente los individuos indeseables, *por su raza o sus costumbres.*

Nosotros, indiferentes a todo lo que no sea política de parroquia, ajenos a esas medidas de defensa que se dictan en otros países mejor organizados y que viven en completa paz, no podremos rehuir ese peligro hasta que empecemos por la restricción de inmigrantes, para llegar a la selección de inmigrantes. La restricción consistirá en oponerse al ingreso de individuos de conducta dudosa y de aquellos que, por su origen son rechazados en todas partes. Consistirá también en acoger a los inmigrantes que presenten comprobantes de buena conducta, de buena procedencia, y que tengan profesión u oficio. Comerciantes en vicios, o buhoneros competidores de nuestras vendedoras, en los mercados y "pulperías," nó. Consistirá también en limitar la salida de nuestro dinero a los bancos extranjeros; es decir, que el inmigrante a ejemplo de la República Argentina y de los Estados Unidos de Norteamérica—*debe ser nacionalizado, su persona y su capital.*

La selección de inmigrantes consistirá en admitir a aquellos que vengan a establecer una industria o a cultivar la tierra. Parásitos, nó. Consistirá en dar apoyo decidido, en dotar de tierras, si es posible hasta de implementos modernos de agricultura, a los que los soliciten, y en esta forma poder establecer colonias agrícolas en nuestro inmenso territorio inculto, y en zonas aprovechables por la tierra y sus condiciones climatéricas. Repitamos aquí que a estas medidas de nacionalización—o mejor dicho de selección—deben su grandeza actual la República Argentina, Estados Unidos de Norteamérica y otros países del Continente.

Se hace necesario dictar medidas de emergencia contra tanto extranjero que pulula en nuestros poblados, contribuyendo a empobrecer más el país. Esos elementos nocivos para la sociedad, el comercio y la economía nacional, explotarán en grado superlativo nuestras tolerancia—o indiferencia—y después emigrarán a otros países con suficiente dinero para trabajar honestamente.

La próxima Legislatura debe hacer esto, porque cada día que transcurre la afluencia de esa clase de extranjeros es más numerosa, debido a que no son aceptados en los países vecinos, o son rechazados por indeseables.

V

Consideramos como un deber irrecusable de la próxima Asamblea Legislativa, abordar de lleno el problema de la inmigración. Gobernar y civilizar es poblar,—dijo Alberdi, el gran estadista argentino. Y Honduras necesita inmigración proporcional a la extensión de su territorio. Poblándolo, la civilización entrará por sí sola, siempre que la población extranjera sea cuidadosamente seleccionada, desde el punto de vista racial y de sus aptitudes. Poblada y civilizada, Honduras entrará en un verdadero período de paz, que ha de transformarla en emporio de trabajo y de riqueza.

Consideramos también que ha llegado el momento en que es preciso fomentar la corriente inmigratoria de países mejor organizados y más cultos y laboriosos que Honduras. Europa nos ofrece elementos de selección, para realizar esta obra de verdadero nacionalismo. Europa por su población enorme está buscando otros campos de explotación, en el mundo, ya que los suyos son muy reducidos y no sólo están agotados, sino que no alcanzan a abastecer las necesidades de su población actual.

Quisiéramos oír la voz de compatriotas mejor documentados respecto a población y condiciones territoriales de Honduras. Nuestros cálculos sobre el número de habitantes, con relación a su extensión territorial, nos dan aproximadamente 7.92 habitantes por kilómetro cuadrado, lo que demuestra su escasez de población. Y es oportuno consignar que para el caso de abrir puerta franca a la inmigración extranjera, la estadística es la mejor base documental. Ella nos dará la clave para limitar esa inmigración, para demostrar la cantidad y calidad de recursos naturales que poseemos, y todas las condiciones generales para despertar interés en los países que, como Francia, contaba antes de la gran guerra con 72 habitantes por kilómetro cuadrado; Alemania, 105; Italia, 110; Inglaterra, 120, y Bélgica, 248; países que pueden darnos excelentes elementos para poblar el nuestro.

Con el fomento de la natalidad, después de la guerra, esas cifras han ascendido considerablemente, y desde luego la densidad de población en Europa ha sobrepasado

los límites de la explotación de su territorio y ha llevado las actividades de aquellos pueblos más allá de su máximo y racional entendimiento. En América española, por el contrario, el nivel en que se encuentra la población no armoniza con la extensión de su territorio y sus recursos naturales. De allí que la emigración europea hacia el Continente americano se registrara en buenas cifras desde las postrimerías del siglo XVIII, y ha venido acrecentándose más y más en el curso del siglo XIX, hasta llegar a grandes proporciones en nuestros días.

Gobernar y civilizar es poblar. "Sin unidades humanas que pueblen, la civilización es imposible, cuando no precaria, fosilizada, incapaz de dar un paso adelante. Sin población densa, proporcional a la extensión y recursos del suelo, imposibles son también los gobiernos vigorosos y estables. Así lo comprendieron, casi a raíz de su emancipación del dominio de Inglaterra, los Estados Unidos de Norteamérica; y la República Argentina, de la tiranía feudal de Rosas."

Véase en la misma República Argentina el grado de prosperidad y cultura a que se ha llegado, después de emanciparse de la corona de España, gracias al fomento de la inmigración extranjera. Comparado con nuestro estado de progreso y cultura, no obstante que casi al mismo tiempo que la gran nación del Plata nacimos a la vida independiente, nosotros estamos en el principio todavía. No hemos avanzado. Nuestras luchas internas, nuestra indiferencia por lo nuestro, nuestra falta de sentido de nacionalización, no nos han permitido dar un paso hacia adelante.

A nuestros hombres de Estado les ha faltado espíritu de organización, y esta es la causa de que el elemento extranjero que tenemos, en su mayor parte no ha sido factor de progreso sino de explotación de nuestra riqueza natural y nuestras debilidades. Se ha descuidado el factor inmigración, que engrandece y pacifica a los pueblos. Ahora la experiencia nos está demostrando la necesidad del fomento y selección de inmigrantes a nuestro país, por razones étnicas, de orden interior y de progreso.

No cabe duda que la inmigración seleccionada ha rendido abundantes frutos en la historia del progreso humano: inmensas regiones desoladas del planeta han sido convertidas en emporios de riqueza por el esfuerzo de las inmigraciones bien seleccionadas. La buena inmigración puebla, cultiva y transforma regiones deshabitadas en centros civilizados y de producción; engendra pueblos, aumenta las riquezas en circulación y crea relaciones entre

los países, más estrechas en virtud de la acumulación de intereses comunes.

A todos los que se han erigido en apóstoles de la juventud centroamericana, para encaminarla a la realización del *ideal morazánico, les diríamos que han perdido su* tiempo en discursos y brindis patrioteros. Si en vez de discursos insubstanciales e hipócritas fraternidades, hubieran iniciado un intercambio de población y de intereses económicos entre los cinco países del centro de América, la unión se hubiese realizado por sí sola; pues solamente los intereses comunes, la fusión de los pueblos realizada por la naturaleza, el arraigo material y espiritual pueden producir ese milagro. Los discursos los panfletos, no.

Honduras puede realizar ese milagro. Si es posible —y lo es—atraer inmigración centroamericana, no en la forma actual sino de acuerdo con los Gobiernos y los capitalistas centroamericanos, dentro de pocos años Honduras se habrá convertido en el corazón y el nervio de Centroamérica, no sólo por su posición geográfica en el Istmo, sino en el espíritu y en la realidad de los mutuos intereses, arraigados en nuestro país.

Dos principios fundamentales traerán beneficios enormes a la República, en materia de inmigración: el de *nacionalizar al inmigrante, y que éste reuna las condiciones* necesarias de raza y de aptitud. Con la inmigración seleccionada conforme a la ley y a las necesidades del país, obtendremos inteligencias elevadas y brazos fuertes, auxiliares poderosos de vida y de riqueza: se mejorarán las condiciones étnicas y sociales de la población nacional; y explotando, conforme a los adelantos de la ciencia y de la industria, nuestros recursos naturales, obtendremos un máximum de producción, en beneficio de la nación y de los individuos que introduzcan esos adelantos.

¿Para qué vamos a encarecer las ventajas que se derivarían del fomento y selección de inmigrantes a nuestro país? Cualquier persona medianamente instruida conoce esas ventajas, por los magníficos resultados que han producido las buenas inmigraciones en otros países de nuestro Continente. Pero no está demás insistir en el hecho de que, la densidad de nuestra población se encuentra, respecto de nuestro territorio, en proporción muy inferior, comparada con los grandes pueblos; y ello es para señalar la oportunidad de que nuestros legisladores se preocupen de resolver este problema, que constituye una necesidad nacional, de progreso, cultura y estabilidad de la paz.

Nadie ignora que los países suramericanos a donde desde hace muchos años se desbordaron grandes corrien-

tes de inmigrantes europeos, están ya casi ocupados totalmente. Esas corrientes han decrecido porque ya no hay allá campos propicios de explotación y arraigo. Una ley acertada en Honduras puede atraer una parte proporcional– a la capacidad de nuestro territorio de esas corrientes migratorias, y así habremos resuelto el problema, uno de los problemas nacionales más importantes. Resolución que vendría a afirmar nuestra nacionalidad, en todos sus aspectos: político, social, económico y racial.

VI

HEMOS dicho que Honduras podría realizar el milagro de la unión centroamericana, no con discursos patrioteros y *malabarismos oficiales, sino atrayendo inmigración* centroamericana para la colonización de las regiones en donde la tierra y el subsuelo esperan la energía del hombre para brindarse en toda su plenitud.

La creación de intereses comunes, a base de una nacionalización previamente ordenada, conforme al Artículo VIII de la Constitución Política de la República y mediante la reglamentación de condiciones apropiadas para que los centroamericanos adopten como derecho y obligación la ciudadanía hondureña, sería el mejor medio de obtener esa inmigración y asegurar su prosperidad y la del país.

Y es natural insistir en este medio de poblar nuestras *desoladas regiones,—que* los nativos no podemos explotar ni poblar—ya que no nos es posible por ahora atraer inmigrantes europeos, que exigirían de nosotros lo que la República Argentina ha concedido al colono del Viejo Continente: seguridades de trabajo y los implementos necesarios para cultivar la tierra y mejorar los ganados nativos.

El centroamericano no exige nada más que protección, fraternidad y garantías. Y aporta en cambio una condición superior al inmigrante extranjero: se arraiga mejor en el país y lo reconoce como el suyo propio, ya que la *familia centroamericana es una sola, por sus costumbres,* sus vicios y sus virtudes.

Y algo más meritorio en el elemento centroamericano: trabaja como el nativo, en el taller y en la tierra. No viene a especular indebidamente ni a convertirse en nuestro competidor. Convive con nosotros, y si llega a formar un patrimonio y un hogar, no exporta su dinero, y es difícil que se reintegre a su país de origen.

Honduras puede convertirse en el asilo de la gran familia centroamericana, fomentando en su seno el patrimonio de esa familia; y esto puede conseguirse a poca costa, sin sacrificios pecuniarios cuantiosos, y con la perspectiva de encontrar grandes mercados en Centroamérica, para vender lo que produzcan aquí los centroamericanos.

Y es lógico suponer esto último, porque es indudable que mediante la garantía de una paz estable, el capital centroamericano vendría a fomentar la colonización de nuestro territorio disponible, y los medios de producir innumerables artículos que en Centroamérica se piden al extranjero.

Nadie ignora que Honduras posee zonas propicias para toda clase de cultivos, y que aquí puede producirse casi todo lo que ahora obtenemos de las plazas de Europa y los Estados Unidos de Norteamérica.

No es esta una utopía. En El Salvador existe el más vivo interés por fomentar industrias y cultivos, y, no obstante la crisis actual, hay dinero suficiente para desarrollarlas. Todas las miradas de capitalistas y trabajadores se dirigen a Honduras, como campo propicio para la creación y el desarrollo de las industrias y la agricultura; y eso es en razón de que el hermano país es como un vaso de agua que se está desbordando constantemente. Su población aumenta de día en día, y el pequeño territorio no puede contenerla. Necesita expansión. Campo para emplear sus innumerables energías, su actividad y su capital. El Salvadoreño es naturalmente laborioso. Está perfeccionado en diversas clases de cultivos y de numerosas industrias si su país tuviera mayores dimensiones territoriales, estamos seguros que sería muy poco lo que consumiría del extranjero.

Nosotros importamos, por ejemplo, calzado y demás artículos de cuero, sombreros, telas y hasta frutas. En El Salvador se produce mejor calzado que el extranjero; se confecciona el cuero como en cualquier país manufacturero del mundo; se fabrican sombreros de paja tan perfectos como en Italia; las telas—con materia prima importada ahora en su mayor parte—en nada desmerecen de las extranjeras. Y hay numerosos individuos especializados en ganadería y en el cultivo de frutas y legumbres, que nosotros hacemos venir del extranjero. En aquel laborioso país hermano ya se fabrica hasta maquinaria para diversos usos e industrias.

Honduras puede producir harina para inundar los mercados centroamericanos: posee inmensas extensiones de tierra para el cultivo de cereales, especialmente para producir trigo en gran escala. En la actualidad El Salvador es su mejor mercado de tabaco, y lo sería también de harina, que allá se consume en enormes cantidades; en cambio nosotros obtendríamos azúcar a más bajo precio que el que ahora se paga. No habría un sólo artículo producido en Honduras que no tuviera mercado en El

Salvador, pues los mismos salvadoreños establecidos aquí, como colonizadores y capitalistas, abrirían esos mercados a nuestras exportaciones.

Y, por último, El Salvador se interesaría en esta obra de poblar y explotar nuestras regiones deshabitadas hoy día, en beneficio mutuo—porque con ello vendría a resolver el problema comunista, el más difícil de solucionar en estos momentos, debido a la falta de tierra y al exceso de brazos, en aquel país.

En Guatemala, la mayor parte de la propiedad agrícola está en poder de extranjeros. A los miles de colonos que trabajan al servicio de esos extranjeros, con retribución irrisoria, les halagaría ser propietarios en Honduras, independizarse del yugo extraño, aumentar su salario.

El costarricense, además de laborioso, ama la paz sobre cualquier razón política. Está especializado en agricultura y ganadería, y no cabe duda que querría venir a Honduras a crearse un patrimonio seguro y con buenas perspectivas, atraído por la riqueza de nuestro suelo y la abundancia de minerales.

No nos referimos a Nicaragua, porque por sus grandes extensiones de territorio sin cultivo, suponemos que se encuentra frente al mismo problema que Honduras.

Al legislador corresponde encontrar los medios prácticos para llevar a la realidad la obra de poblar y explotar extensas zonas, invioladas todavía por el hombre. Esta sería labor encaminada a un verdadero nacionalismo, hacia la fusión de estos pueblos istmeños, distanciados a veces por localismos mal entendidos; hacia el equilibrio del orden político. En una palabra, esta sería la piedra angular de la paz nacional, pues los países vecinos dejarían de ser los centros naturales en donde nuestros políticos van a conspirar contra la paz de Honduras.

VII

No nos cansaremos de repetir que Honduras posee inmensos tesoros naturales que pudieran explotarse con poco dinero. Y no lo repetimos para hacer el elogio de esos tesoros que llenan nuestro amor propio de hondureños,—pero que no sabemos aprovechar—sino para que busquemos la manera de explotarlos en nuestro beneficio, y sacar de ellos las mayores ventajas para la comunidad.

Porque ¿de qué nos sirve poseer grandes riquezas, minerales, agrícolas e industriales, mientras la miseria priva entre los hondureños? Estamos en el caso del avaro, que se pasa la vida en la contemplación de sus tesoros acumulados en arca cerrada, y por contemplarlos se muere poco a poco de inanición. Con la diferencia de que nosotros no guardamos nuestros tesoros, y sólo nos damos cuenta de que existen; y, o los contemplamos con nuestra proverbial indiferencia, o dejamos que los extranjeros los exploten sin ningún beneficio para el país.

Hacer alarde de esos tesoros que encierra nuestro suelo; hablar de nuestra riqueza mineral; pregonar que los bosques hondureños contienen maderas preciosas y plantas medicinales en cantidades incalculables; decir que poseemos grandes extensiones de terreno inexploradas y caudalosos ríos para mover gigantescas plantas de energía eléctrica, mientras nuestra economía anda enclenque y la miseria reina en nuestros pueblos, viene a ser una necedad imperdonable.

Lo que debemos hacer, lo que nos aconseja el sentido común, es parar nuestra atención en lo que disponemos, para nuestro provecho; no sólo en el presente, sino también para el porvenir. Porque cabe decir que los hondureños sólo hemos trabajado y trabajamos para el día, para llenar las necesidades del momento, con el optimismo del pájaro o del soñador, que creen que nunca les ha de faltar el sustento. Somos esclavos de nuestra innata imprevisión, de la abulia tropical que nos enferma el alma y el músculo. La indiferencia por todo lo hondureño, es la enfermedad mortal que nos ha sumergido en la miseria. Porque Honduras está constituida por un pueblo fundamentalmente pobre, y quien aquí se enriquece rápidamente es el extranjero.

Somos un pueblo de soñadores, no cabe duda. Todos los pueblos de América, con honrosas excepciones, lo son; y sólo las corrientes incontenibles y fatales del materialismo yanqui los van a tornar, los están tornando de pródigos en económicos, de soñadores en prácticos, y, desde luego, de pueblos pobres en pueblos prósperos.

Necesitamos industrializarnos y no regalar nuestras industrias. Necesitamos urgentemente crear industrias y explotarlas. Pero se dirá ¿y el capital para crear industrias? Pues, en lugar de cederle el campo al extranjero para que explote nuestro territorio, concediéndole prerrogativas extraordinarias, debimos -y podemos hacerlo todavía—asociarlo a nuestras actividades, pero no entregarle nuestro patrimonio. Entregándoselo nos convertimos en sus criados, nos sometemos a una servidumbre innecesaria. Asociándolo y dándole participación en nuestro patrimonio, atraemos sus conocimientos y su capital, su iniciativa y hasta su cariño para el terruño donde ha creado intereses.

Hasta ahora,—lo confesamos con amargura—le hemos dado todo lo nuestro al extranjero que llama a nuestras puertas. ¿Qué nos deja, en cambio? Nada, o casi nada: una pequeña huella de su prosperidad; y si la deja es para echarnos en cara nuestra debilidad y nuestra imprevisión. Y es lo peor que quienes supieron sacar provecho abundante de nuestra generosidad y nuestra indiferencia por lo que poseemos y no explotamos, no tienen la culpa de haberse enriquecido a nuestra costa, ni tienen siquiera por qué agradecérnoslo.

Toda asociación humana requiere la cooperación de distintos elementos, para su funcionamiento eficiente y su prosperidad. La República Argentina nos da el ejemplo; Chile, Uruguay, y los Estados Unidos de Norteamérica en primera línea. Los grandes estancieros de la Argentina, allá cuando empezó la explotación de aquella rica tierra sudamericana, se hicieron argentinos y continúan siendo argentinos en su mayor parte. Los árbitros de los destinos de aquella gran República dictaron leyes sabias para nacionalizar a los colonizadores, Rivadavia en primer término. Grandes corrientes de inmigraciones europeas invadieron las pampas, las márgenes de los grandes ríos, las altas mesetas de Los Andes y las estribaciones de la cordillera, y se posesionaron de la tierra; no en son de conquista, sino bajo el amparo de la ley nacional y dentro de una reglamentación nacionalizadora, cuyos resultados son la prosperidad y grandeza de la República del Plata. A esos dos factores se debe la prosperidad y

grandeza de la República del Plata. A los inmigrantes—capitalistas y trabajadores se les abrió las puertas y se les dió campo a sus actividades, pero nacionalizándolos y asociándolos a los propietarios naturales de las tierras, de los metales ocultos y del caudal de los ríos. Tuvieron derechos y privilegios, pero tuvieron y tienen obligaciones que cumplir con el país que les ha brindado hospitalidad y riquezas.

Por eso hay millonarios argentinos, "nacidos" en la Argentina, aunque por sus venas corra sangre europea, nórdica o latina. Por eso hay millonarios chilenos, uruguayos, mexicanos y peruanos. Por eso hay millonarios norteamericanos, aunque sean de estirpe alemana o judía. Nacionalizar: esta es la mejor forma de que el extraño se arraigue y de que su capital no emigre. Hacer la nacionalización forzosa del extranjero laborioso, es la obra que tienen que emprender nuestros legisladores, tal como se ha hecho en los que ahora son grandes países del Continente, como los Estados Unidos de Norteamérica, como la República Argentina.

El extranjero será superior a nosotros por su iniciativa dinámica, por su espíritu emprendedor que no descansa produciendo; pero no puede serlo, no debe serlo por su capital en propiedades agrícolas o su riqueza en metálico, porque esas propiedades son parte de Honduras y el capital ha sido amasado con la cooperación nuestra, al amparo de nuestras leyes extraordinariamente amplias y con el esfuerzo y el espíritu hospitalario de los hondureños.

Este es el camino efectivo para realizar obra de verdadero nacionalismo.

VIII

No podríamos afirmar que este proverbial desdén por todo lo nuestro, es patrimonio exclusivo de los hondureños. Se observa en el resto de Centroamérica casi en la misma proporción que en Honduras, con excepción de El Salvador y Costa Rica, en donde ya se trabaja por la defensa de todo lo nativo, y se hace campaña por conservar lo propio, imprimiéndole el sello de un verdadero nacionalismo.

Esta excepción es explicable si se toma en cuenta que son los países caribeños de menor extensión territorial y de mayor densidad en población; sobre todo El Salvador, que en este punto ocupa el tercer lugar entre las naciones civilizadas del planeta.

El problema de la tierra y con ello la escasez de medios de vida agrícola e industrial, han creado la necesidad de defender la tierra y de implantar leyes que amparen las industrias nacionales. El Salvador, sobre todo, no puede prodigar sus tierras, ni hacer concesiones ventajosas para el establecimiento de industrias, a los extranjeros. Lo primero, porque apenas posee las necesarias para cultivar los granos que abastecen sus numerosos mercados, y cultivar su café, que tan grande auge económico le ha dado, en épocas de gran demanda del grano de oro del trópico, en el extranjero. Y lo segundo, porque el salvadoreño es de suyo industrioso, y al darle ventajas al extranjero se convertiría en asalariado de éste. Existe, además, la competencia del trabajo, de la mano de obra, contra el producto extranjero, que necesariamente tiene que importarse en la actualidad.

El salvadoreño y el costarricense, por espíritu patrio y por la escasa extensión territorial de que disponen, han aprendido a nacionalizar lo que poseen, a estimarlo y defenderlo de la codicia del extranjero. Así se explica la prosperidad económica e industrial de El Salvador, y el equilibrio de Costa Rica que, si no es de los países más prósperos de Centroamérica, dispone de suficientes recursos para defender su subsistencia, sin grandes compromisos y sin recurrir a la enajenación de la tierra.

Pero no ocurre lo mismo en Honduras, Guatemala y Nicaragua. La tierra abunda y la materia prima sobra.

Son campos propicios de actividad para la industria y la agricultura, y cualquier extranjero puede amasar buen capital aprovechando esos abundamientos, propiciados por la bondad de nuestras leyes y la condescendencia dañina de sus pobladores, y sobre todo de los depositarios de los altos intereses de la nación.

He aquí por qué los extranjeros han absorbido casi en su totalidad los recursos vitales de Honduras, Guatemala y Nicaragua. Los tres países, en relación con su extensión territorial, se hallan materialmente despoblados. La tierra abunda para toda clase de cultivos, y apenas ha sido explotada por sistemas verdaderamente primitivos. Las extensiones de tierra virgen en los tres países son enormes, incalculables todavía. Aquí está la Mosquitia, con sus inmensas riquezas en tierra y minerales, maderas y ríos: casi desconocida todavía, llamando a los hombres a que sean dueños de sus tesoros. Enormes cantidades de maderas preciosas salen por los grandes ríos que nacen en el fondo de la manigua y van a desembocar en el océano. Extranjeros son los explotadores: unos, mediante concesiones ventajosísimas para ellos; otros, sin recurrir a los formulismos de las concesiones. Algo parecido ocurre en el Petén. Y los gobiernos ni se enteran, a veces, de esas explotaciones que nada dejan al tesoro público ni a los hijos del país.

La Mosquitia constituye una gran incógnita para nosotros. Fecunda, rica, fabulosa, según uno de los más valientes exploradores de aquella región, el general J. Amado Flores. Nada produce al país aquella vasta región hondureña. Extranjeros han sido los beneficiados, mientras nuestros paisanos se mueren de hambre y numerosos pueblos yacen en la miseria, gracias a los beneficios de las frecuentes guerras civiles y a la indiferencia con que vemos todo lo nuestro.

Y en tanto que los extranjeros se enriquecen, al amparo de nuestra indiferencia y la tolerancia de los gobiernos, en nuestros campos y poblados la miseria reina en toda su amplitud.

Nuestra riqueza nos hace pródigos e indiferentes. Mientras los salvadoreños y los costarricenses nacionalizan todo lo que poseen, nosotros nos mecemos con la dulce ilusión de que somos ricos, y que hay bastante para todos. Somos pródigos, ingenuamente pródigos.

Pudiéramos constituir un país rico, próspero y de progreso enorme, y sin embargo arrastramos una vida miserable, los hondureños. Pudiéramos tener equilibradas nuestras finanzas, poseer grandes factorías, inmensos

laboratorios industriales.... Y no tenemos nada. Ni dinero, ni industrias propias, ni frutos para exportar, como banan cao, café, arroz, trigo. Honduras es el primer productor de banano, en el mundo; pero el banano no es nuestro. Pero sonamos, soñamos que somos ricos y que todo nos sobra, y hasta creemos que el extranjero nos hace un beneficio explotándonos.

No pretendemos que se le niegue al inmigrante los medios de trabajo. No, que se le presten todas las facilidades para que desarrolle ampliamente su iniciativa, más vigorosa y más práctica que la nuestra. Queremos, eso sí, que al extranjero se le asocie, se le obligue a trabajar con provecho para él y para Honduras. Que sea un socio y no un amo de los hondureños.

Pero resulta que aunque el extranjero no venga con pretensiones de convertirse en amo, por el dinero contante y sonante que aquí gane, ni por la propiedad agrícola o industrial que aquí obtenga mediante su trabajo honrado, nosotros los hondureños le damos la oportunidad de que lo sea, contribuimos a ello con nuestra abulia, con la indiferencia que nos merece todo lo que poseemos. Nosotros le toleramos que importe frutas, legumbres, telas, granos, especies, etc. Que importe herramientas y pieles, en vez de obligarle a que aquí las fabrique y confeccione. Y hasta dictamos leyes para ampararle la importación de productos que aquí puede fabricar, que se le debe obligar a que fabrique en nuestro país.

Esta es nuestra situación al desnudo.

IX

Hemos llegado a la conclusión de que en Honduras es una necesidad apremiante emprender una campaña de verdadero nacionalismo, de crear y afirmar la nacionalidad en la conciencia de la generalidad de los hondureños. Desarrollar el programa de acción nacionalista, no es, no debe ser el patrimonio de un grupo o de un partido político, sino de todos los hondureños capaces de empeñar sus energías, sus aptitudes y su honradez en esta cruzada, la más generosa, la más noble y eminentemente patriótica que se les presenta.

Esta cruzada es la única que podría ostentar el brillante título de revolucionaria, de legalista o constitucionalista, nombres con que han bautizado sus cruzadas fratricidas los simuladores del patriotismo. Porque tal cruzada nos llevaría a la transformación total de nuestra existencia miserable, en la actualidad, en próspera y civilizada, en el porvenir.

Nosotros creemos que el porvenir y la prosperidad de Honduras están en la tierra; creemos que la base de la prosperidad de nuestro país está en la paz; y que la obra de la paz sólo podrán garantizarla los mismos hondureños, capaces de constituir un gran ejército voluntario, de acción contra la guerra civil, de resistencia a la guerra intestina; no bajo las banderas de un partido, sino tremolando la enseña nacional, la única divisa que debe ostentarse en esta hora en que otros pueblos han llegado a la cima de su prosperidad y su independencia, bajo el lábaro de la paz.

El Estado perfecto, según Juan Jacobo Rosseau, sería aquel que se bastara a sí mismo para atender a todas sus necesidades, y que pudiera subsistir sin el comercio exterior. Y, agrega: "La República ideal sería aquella que pudiera subsistir sin el favor de otras naciones y sin la cual las otras naciones no pudieran subsistir a su vez."

En nuestra época, por la fuerza incontrarrestable del progreso en todos los sectores de las ciencias, las artes y las industrias, no es posible que las naciones pequeñas y débiles dejen de estar bajo la influencia de las poderosas; pero estas naciones han buscado en el trabajo y en la paz

la fuerza suficiente para construir su independencia económica, creando su propia producción y llenando sus necesidades con sus propios recursos.

Esta es la perspectiva que se ofrece a Honduras, la perspectiva que se presenta a todos los hondureños que aspiran a la nacionalidad, independiente y próspera, ya que tiene abundantes elementos propios para poder subsistir sin la ayuda o la tiranía de otras naciones. Su porvenir está en la tierra, y este fecundo suelo nuestro solo espera un pequeño esfuerzo de todos los hondureños para darnos en abundancia lo que necesitamos para nuestro bienestar, prosperidad e independencia.

A nosotros se nos puede aplicar la teoría del eminente economista Quesnay, de que "la única fuente verdadera de la riqueza nacional, es la tierra;" y que "la prosperidad de los estados está en razón directa del mayor o menor desenvolvimiento de la agricultura y de las materias primas." Y es aplicable a Honduras esta teoría porque nosotros poseemos esa fuente de riqueza. Eso sí, hay que procurarse los medios para explotar sus inmensos tesoros, en beneficio de la comunidad; y la forma de conseguirlo es creando leyes modernas de protección al agricultor; ayudando a los hombres del campo enseñándoles sistemas nuevos de cultivo; dando tierra a quien la pida y protegiendo su esfuerzo; creando un banco central o cajas departamentales de crédito agrícola.

Y quien en primer término puede apoyar, estimular y fomentar la producción agrícola, es el Estado; es el Gobierno que puede disponer de tierras baldías e inexploradas; y el que puede procurar que se formen grandes colonias agrícolas con inmigración sana, extranjera o centroamericana,—colonias que aportarían inmensos beneficios para el país.

Y haciendo de esa protección una ley inflexible, los centenares de hombres que vegetan en los poblados de Honduras, a caza de puestos públicos y de canongías, irían a pedir a la tierra lo que en la ciudad no pueden o no podrán encontrar honestamente: el pan. Y este pan, como en la proeza bíblica, se multiplicaría para todos los hondureños.

Hemos invocado las facultades con que la Constitución ha investido a nuestros legisladores, que son los que pueden y están llamados a sentar las bases del verdadero nacionalismo, porque en la hora presente urge en Honduras una verdadera transformación, si es que queremos conservar nuestra integridad de pueblo libre. Son los legisladores quienes deben abrir el surco de donde se levan-

tará la nueva simiente, de donde extraerán los hombres de hoy y los hombres del porvenir, los frutos de savia fuerte, surcos en donde crecerá el árbol fecundo de la verdadera nacionalidad.

Su acción, pues, pudiera desarrollarse sobre las siguientes bases:

I.—Completo estudio y transformación de nuestras leyes actuales, haciéndolas más adecuadas a las necesidades de la época.

II.—Creación de leyes restrictivas sobre inmigración, para llegar a la selección del elemento extraño que venga a laborar en nuestro país.

III.—Leyes sobre la identidad de nacionales y extranjeros, por medio de cédulas personales. Leyes para el trabajo obligatorio, para el estricto cumplimiento del servicio militar obligatorio. Creación del ejército. (Honduras no tiene ejército organizado eficientemente.)

IV.—Leyes agrarias, para la distribución de la tierra, para el cultivo obligatorio de la tierra, para la selección de cultivos.

V.—Elevación de tarifas aduanales para los artículos que Honduras puede producir o que pueden fabricarse en Honduras.

VI.—De protección a la industria nacional; y

VII.—Leyes para la creación del Banco de Crédito Agrícola, granjas modelo, y leyes protectoras para el inmigrante y el establecimiento de colonias agrícolas.

(Es en verdad censurable el enorme consumo que se hace de frutas, legumbres y otros artículos de primera necesidad, que son importados (hasta los huevos, en la Costa Norte) y vendidos a precios que pudieran llamarse fabulosos. Esa importación inmoderada no se podrá justificar jamás en Honduras, ya que se trata de artículos que aquí podemos producir con ventaja, y que no la hacemos por pereza o indiferencia).

Pero como la obra de los legisladores no sería completa sin la cooperación de sus conciudadanos, a éstos se impone como un deber ineludible:

1º—Propaganda en toda la República de los beneficios de la paz y del trabajo, sobre todo entre el campesinado.

2º—Creación del ejército de resistencia contra la guerra civil, dividido en batallones departamentales y éstos subdivididos en compañías por distritos.

3º—Eliminar de toda acción pública a los predicadores de la guerra y a los elementos nocivos de la política, que cultivan el odio entre la familia hondureña.

4º—Boicotear a la prensa de bandería, que secunda la obra nefasta del político individualista, que desconoce o no abriga el sentimiento de patria, el amor a Honduras. La prensa partidarista no tiene razón de existir en tiempo de paz.

5º—Propaganda a todo lo hondureño. Estímulo a sus hombres de valía, sin preferencias de partido. Protección al consumo de lo que en el país se produzca. Protección al comerciante, al industrial y al agricultor hondureños.

6º—Pedir al Gobierno que prohiba la cotización del voto en las elecciones locales y nacionales. El sufragio debe ser libre.

7º Exigir la sanción jurídica y social para los que delinquieron al amparo de la guerra civil; que se castigue a los autores de asesinatos, traiciones, incendios y robos cometidos durante la guerra civil; y

8—Guerra a la guerra. La sangre que se derrame en defensa de la paz, será la única que fecunde positivamente la nacionalidad hondureña.

Si estas consideraciones no sintetizan la aspiración del hondureño, como bases para crear el verdadero nacionalismo, pedimos la cooperación de nuestros compatriotas mas capacitados, para que las amplíen en toda su plenitud. Nosotros solamente somos soldados en la cruzada del nacionalismo que se impone, para crear la Honduras nueva, y en cimentarlo empeñaremos nuestros más caros esfuerzos.

Hay que destruir el partidarismo incivil.

Hay que crear la verdadera nacionalidad.

Hay que forjar la Honduras nueva, con hombres nuevos capaces de ofrendar hasta su vida en aras de la patria grande, destruyendo todo elemento nocivo que se oponga al engrandecimiento de Honduras.

FIN